

DÍA DE ASTURIAS. CENTRO ASTURIANO DE MÁLAGA (TORREMOLINOS)

PREGÓN DE VALENTÍN MARTÍNEZ-OTERO PÉREZ (2 de octubre de 2015)

Buenas noches a todos, señoras y señores. Presidente del Centro Asturiano de Málaga, amigo D. Florentino Martínez Rocés, muchas gracias por invitarme a pronunciar este pregón. Directora General de Emigración y Cooperación al Desarrollo del Principado de Asturias, D^a Begoña Serrano Ortega, amiga Begoña. Alcalde de Torremolinos, D. José Ortiz García, con todos los Concejales. Alcalde de Ribadedeva, D. Jesús Manuel Bordás Vargas. Por cierto, nuestra enfática felicitación por la concesión a Colombres, capital del concejo de Ribadedeva, del Premio “Pueblo Ejemplar de Asturias 2015”. Generosos presentadores: D. Ricardo Tomillo y D^a Rosana Sande. Representantes de diversas Asociaciones. Meritoria Agrupación “Brisas de Asturias”. Virtuoso Gaitero Álvaro Álvarez. Flamante y entrañable *Xamina* Lucía. Gracias.

Mis saludos cordiales y mi agradecimiento igualmente a la Junta Directiva y a todos cuantos constituís este hermano Centro Asturiano. Es para mí un verdadero honor y una enorme satisfacción compartir con vosotros en el acogedor Centro Cultural “Pablo Ruiz Picasso” este Día de Asturias, la fiesta de todos los asturianos. Asumo la tarea encomendada con la mayor humildad y pido por adelantado vuestra indulgencia ante los posibles errores.

Pregonar es publicar, difundir, alzar la voz para que algo sea conocido por todos. El pregón cuenta con larga tradición, indiscutiblemente porque en los seres humanos la comunicación es esencial, y mediante los pregones, inicialmente espontáneos y posteriormente organizados, se transmitía algo relevante a la comunidad. Existió, por ejemplo, la figura del “pregonero público”, que acompañado por su trompetilla era el encargado de difundir “a voz en grito” noticias oficiales, cuyo conocimiento se consideraba necesario. Este singular tenor “hacía saber”. No siempre se trataba de buenas nuevas, a veces lo pregonado, más áspero, tenía que ver con normativa, impuestos, prohibiciones o asuntos judiciales, incluso con graves conflictos. Al margen de su evolución y de su signo, el pregón era y es una herramienta de gran trascendencia en el terreno social, con un contenido siempre extraordinario. Con el pregón, además, todos nos damos por enterados.

Por eso, se hace saber que hoy es el Día de Asturias, una Jornada en la que cantamos a nuestra querida *tierrina*, con la que vibra el alma, acaso más desde la distancia. Soy asturiano, carbayón y vivo en Madrid desde que era un muchacho. He venido desde la capital para hablar de amores, con la voz

emocionada en la Málaga *cantaora* y la mirada encendida en la acogedora Costa del Sol. Todo nuestro ser se conmueve en una ocasión así, con la voz al nivel del mar, en este hermoso Torremolinos, referente turístico internacional, donde la salada Andalucía marinera se entrefiera con su dulce claridad.

Como Presidente del Centro Asturiano de Madrid, donde tenéis vuestra Casa, os traigo también el abrazo de todos los que conformamos ese *rinconín* de Asturias en Madrid. Asturias, que en esta jornada se engalana en Málaga, encuentra en nuestros Centros, expresión, representación y especificación, sin que se quiebre por ello la esencial unidad. Antes al contrario se fortalece, dinamiza y refluye enriquecedoramente sobre nuestra tierra merced a estas cordiales embajadas.

Todos los Centros Asturianos son hermanos, pero, si cabe, la fraternidad se profundiza aquí por nuestros vínculos estrechos, por los lazos amistosos entre muchos de sus miembros. Singularmente, recuerdo la amistad de Florentino Martínez Roces con dos personas queridas y admiradas: mi predecesor, el Presidente Cosme Sordo, y mi padre, Presidente Adjunto, Rutilio Martínez-Otero, que en paz descansen ambos. Florentino, además de amigo, es socio y directivo de honor del Centro Asturiano de Madrid. Cómo no recordar también las colaboraciones de nuestra Agrupación Folclórica *L'Alborá*, con Luis Miranda y Pilar Riesco, cuyas celebradas actividades, que se disfrutaban estos días, se explican por los fueros de la amistad personal e institucional; una amistad que se nutre del mutuo conocimiento, se localiza en el corazón y, ennoblecida, se proyecta en nuestras constructivas acciones conjuntas.

Claro que no todo el monte es orégano en nuestras instituciones socioculturales y emocionales. Aunque algunas tengan una trayectoria más corta, las Casas Regionales nacieron en el siglo XIX, cuando los naturales desplazados tuvieron la urgencia de atender sus necesidades en los distintos lugares en que se asentaron. Todos conocemos que, desde el principio, nuestras Casas han estado comprometidas con el cultivo y la irradiación de la cultura de las patrias chicas más allá de las respectivas fronteras. Nuestras instituciones, además de promover un saludable regionalismo, fomentaron y continúan haciéndolo, la integración/inclusión social, el desarrollo sociocultural y el intercambio fraterno con los territorios de acogida. Buen ejemplo son los Centros Asturianos, particularmente el de Málaga, donde la Cruz de la Victoria resplandece con el sol andaluz, y el de Madrid, en el que esta cristiana joya prerrománica comparte escudo con el oso y el madroño, ejemplar metáfora del noble sentimiento que hermana a madrileños y asturianos.

Mantenemos vivos los lazos con Asturias, de la que somos espejo, favorecemos el encuentro intergeneracional, la convivencia, las actividades

recreativas, deportivas, sociales y culturales. Actos que llevan nuestros colores, olores y sabores, proyección de nuestra forma de ser, que, lejos de menoscabarse, se enriquece con las contribuciones de las hospitalarias tierras que nos albergan. Somos privilegiados lugares de reunión de oriundos y de autóctonos. Sin embargo, debo expresar mi preocupación porque en la actualidad nuestra pervivencia se ve amenazada por más de un escollo en el camino; entre otros: los recortes en las subvenciones públicas, la pérdida de socios, la escasa presencia de jóvenes. El vetusto carro del regionalismo que en otro tiempo avanzaba por senda expedita renquea.

Sabemos que no hay camino tan despejado que no tenga algún obstáculo, pero actualmente las dificultades en algunos de nuestros Centros son numerosas y nos impiden una planificación a largo plazo. A menudo nos vemos obligados a concentrar nuestros esfuerzos en los problemas inmediatos o cercanos. Somos conscientes de que nuestras Casas, peculiares síntesis de Asturias, pueden ser plataformas apropiadas para el posicionamiento económico y cultural del Principado en las respectivas ubicaciones geográficas, por ejemplo, a través de convenios de colaboración en aspectos como la promoción de productos o la difusión turística. Y a este respecto, cómo no vamos a sentirnos sorprendidos, cuando no indignados, ante, pongamos por caso, ciertas iniciativas comerciales, gastronómicas o turísticas realizadas en nuestras localidades en las que no se cuenta con nosotros. No sé si será por falta de sensibilidad, por afán de maximizar los beneficios inmediatos, generalmente económicos, aunque también pueden ser políticos, o por otros motivos, pero lo cierto es que la libertad esgrimida, cuando no se acompaña de responsabilidad, de compromiso comunitario, se torna roedora y, por tanto, en sentido estricto, no es libertad.

Para arribar a buen puerto hay que remar en la misma dirección. No hay verdadera conciencia asturianista si cada uno agita la bandera cuando le conviene. Si queremos que el futuro -y no me refiero únicamente a mañana, sino al mañana- se abra a todos en dinámica y próspera competencia, se precisa visión estratégica de la Administración asturiana, pero también iniciativa entusiasta e inteligente del sector privado.

Nuestras Casas contribuyen, siquiera sea modestamente, a la expansión de Asturias, tanto en el plano material, palpable, según se advierte en las actividades de tipo comercial, gastronómico, turístico, económico, como en un nivel difícil de precisar, de asir, intangible, pero no menos valioso, y que forma parte de nuestro ser, de nuestra idiosincrasia. Me refiero al arte, en el que se ubica, por supuesto, el folclore, a veces cuidado con más mimo desde la lejanía, y a todo nuestro acervo, tan vinculado a la naturaleza. En este mismo marco de cultura viva, y con la debida prudencia, porque no hay una única forma de ser asturiano, hablo también de nuestra apertura, de nuestro

deseo de compartir, de encontrarnos entre nosotros y con los demás, de nuestro espíritu emprendedor; de nuestro apego a la *tierrina*, que deja en el alma del emigrante, la *señaldá*, que, pese a su complejidad, no es de color gris apagado, sino verde esperanzado. Un estado anímico que suena como la gaita que se escucha en la lejanía y que, a menudo, según sea el rincón natal, huele a hierba o a mar.

El poeta asturiano Alfonso Camín¹, nostálgico emigrante en Cuba, en su poema *Retorno a la tierra* se pregunta por las raíces:

*Si soy el roble con el viento en guerra,
¿cómo viví con la raíz ausente?,
¿cómo se puede florecer sin tierra?*

Estas Casas nuestras, con sus hermosos acentos, han contribuido a mitigar el desarraigo a que se refiere el poeta, a hacer más soportables las dificultades y los riesgos, a aliviar la aflicción que supone alejarse de seres queridos, de un rincón geográfico, de formas de expresión, de un estatus... Hoy se hablaría, en términos más prosaicos, del estrés y del duelo migratorio, o, si se prefiere, con inspiración en la épica homérica, del *Síndrome de Ulises*, que sufrieron muchos de nuestros paisanos sin saberlo. Ulises, el hombre de muchos senderos luctuosos, que, en su odisea, anduvo errante soportando amarguras, atenzado por la nostalgia, al que imaginamos ahora, muy distinto a nosotros, sentado en las rocas, a la orilla del mar, llorando desconsoladamente entre suspiros y pesares.

En su periplo, los asturianos llevan en el corazón un *pedacín* de Asturias, y, al juntarse, fundan estas queridas Casas, los Centros Asturianos; hogares, nidos, cobijos, entrañables muestrarios del Principado, que, sin ser chozas, evocan la rusticidad de la sencilla vida popular y, sin ser palacios, aunque algunos ha habido, nos hacen sentirnos como en una suntuosa morada. Y por este terreno suprasensible al que nos estamos refiriendo, que no está desgajado de lo concreto y cotidiano, nos topamos igualmente con nuestra españolidad, que, en el torbellino sociopolítico actual, reclama al menos un pequeño comentario. Y es que como consecuencia de que soplan amenazadores los vientos de la identidad adversativa y excluyente, empecinada en separar más que en unir, asume un carácter ejemplar la asturianía, que, sin ser uniforme, se distingue por su apertura y querencia a los otros pueblos de España y aun del mundo. Por ejemplo, la crisis de los cientos de miles de refugiados, Ulises de nuestro tiempo, provenientes en su mayor parte de Oriente Medio, ha evidenciado nuestra solidaridad, antorcha de esperanza, ante un drama

¹ CAMÍN, A. (1948): **El retorno a la tierra (Nuevos poemas asturianos)**, México, Imprenta Azteca.

humano, que en algunos casos ha terminado en tragedia, y que reclama de modo urgente asilo y servicios sociales básicos. No cabe, sin embargo, la autocomplacencia. La solidaridad, que brota de la dignidad de la persona, de toda persona, con independencia de su color, edad, género o cualquier otro accidente, es un imperativo ético y se materializa en la adopción de adecuadas medidas de amparo.

La solidaridad, bien lo sabemos, ha sido una constante en toda Asturias, acaso estimulada por ciertas penosas condiciones de vida, en las que eran frecuentes la sangre, el sudor y las lágrimas, como en el caso de los hijos de la mina y de la mar, lo mismo que en el ámbito campesino.

Asturias, además, ha contribuido históricamente de manera significativa a lo que Ortega y Gasset² llamaba “un proyecto sugestivo de vida en común”, y que precisa en la actualidad un nuevo impulso. Ese proyecto, todo lo pensable y renovable que se quiera, se llama España, de largas raíces. Sin olvidar gestas pretéritas que volverían nuestra mirada hacia Pelayo, recordemos ahora la modesta y valiosa aportación de nuestras Casas a la vertebración de España, esta España nuestra hoy lamentablemente desnortada y con una solidaridad interregional amenazada.

Y volvamos al egregio filósofo madrileño, porque en *El espectador*³ destacaba la poderosa influencia de la tierra asturiana sobre el alma de sus habitantes. Aunque no debe soslayarse que el impacto de la naturaleza sobre el ser humano también acontece en la dirección inversa, lo que supone apelar a nuestra responsabilidad con Asturias y, en general, con la madre tierra, recordemos las propias palabras de Ortega: “El florecimiento económico va erigiendo urbes deliciosas sobre todo el haz del Principado: hay en él ciudades viejas y prósperas -como Oviedo y Gijón- que prolongan una brillante tradición de cultura refinada. Y sin embargo, yo encuentro, más o menos oculto, en todos los asturianos, un fondo rural que perdura. Bajo los modales de la ciudad continúan latiendo corazones labriegos.” (86) Un poco más adelante, el célebre pensador mostraba el entusiasmo que le despertó “hallar en Asturias una raza de hombres capaces de intervenir en la vida contemporánea sin perder la solidaridad de espíritu con el campo nativo.” (88).

Es lo que siento, que, como asturianos, tenemos un deber filial, emocional, intelectual, histórico y social con España. Expreso nuestra aspiración convivencial irrenunciable, llamada a irradiarse. No puede haber complacencia ni complicidad con lo que pueda menoscabar nuestra unidad, amalgama de pueblos fraternales. Y así canto que en el Centro Asturiano de Málaga en

² ORTEGA Y GASSET, J. (1987): **La España invertebrada**, Madrid, Espasa-Calpe.

³ ORTEGA Y GASSET, J. (1969): **El espectador**, Madrid, Salvat-Alianza Editorial.

Torremolinos se juntan norte bravo y sur florido de nuestra España. Hay en nosotros, por fuera de las peculiaridades, una unidad en el origen y en el destino: Asturias, en la realidad patria. No somos moluscos encerrados en sus conchas, ajenos a cuanto nos rodea. No somos una isla ni un pueblo complacido narcisísticamente al servicio de una idea absoluta, separadora, intransigente.

Los asturianos no estamos ni nos sentimos solos, somos hijos de la misma madre, repartidos por esta vetusta “piel de toro” y por todo el mundo. A Asturias se la puede negar la presencia mediática, pero no se puede silenciar u ocultar a un pueblo entero, su esfuerzo, su ánimo, su identidad, su contribución a la Historia de España, a nuestra vida en común, que no se detiene. No caen en el olvido ni enmudecen nuestros cristalinos ríos, la brava mar, las altas montañas, los silbantes vientos... un hermoso e indómito paisaje que modula nuestra condición, sencilla, natural, arrojada y, sobre todo, buena. El asturiano, allá donde ha ido, ha dejado su huella de cooperación. Ahí están el espíritu abierto, la mano tendida, la incorporación generosa, la impronta cultural, el respeto y la valoración de lo ajeno, al igual que otras muchas muestras de auténtica asturianía, de la que son compendio vivo nuestras Casas.

¡Asturias!, ¡qué bien tu nombre suena!, ¡Oh, Asturias del alma, patria querida!, Asturias fragante, de naturaleza concertada, orlada de misterio, de verde y musical belleza, evocas en el alma el amor acompañante de la infancia. Hoy te saludamos floridamente en tu Día, porque eres tierra y madre, porque eres realidad histórica y porvenir esperanzado, porque abres a Madrid, a Málaga... a España tu pecho palpitante; porque bien puedes mostrar con tu secular ejemplo el camino a los pusilánimes, a los ambiguos, a los extraviados que atizan divisiones y a los codiciosos que se disfrazan de modernos.

Es deber nuestro desplegar y orientar la energía cultural y espiritual de Asturias, para que, cual corriente arrolladora, hermosee y vivifique más allá de las propias lindes. Savia asturiana, sangre cantábrica, fresco jardín de *Xanas* y manzanas seductoras, en nuestras venas bulle, como en un poema, la sal del mar y el mineral que alberga la tierra en sus entrañas.

Señoras, señores, la brisa marina nos trae memoria de Asturias y ya el tambor, la gaita, la canción y el baile nos esperan. ¡Asturias!, en la distancia sentimos tu dulce nombre relucido en la fiesta y esperamos gozar de tu perfume, de todos tus tesoros. Llor a tu belleza. Nos serena la verde hierba adornada de árboles frutales y la mansedumbre de las vacas que pacen cabizbajas. Tu ritmo de ola nos embarga, la intensa espuma, el rumor marino de la caracola que llega como una inmensidad sintetizada, la fuerza de tus osos, el vuelo de las águilas reales y el pertinaz secreto de la lluvia liviana. Y en el horizonte, tras el velo

del *orbayu*, en la majestuosa composición escénica, las imponentes cumbres, orgullosas, retadoras, templos de lo inefable. Lienzo inconmensurable, divina contemplación. ¡Quién estuviera en Asturias, en todas las ocasiones!

Asturias, siempre hospitalaria. Para Asturias y para nuestra venerada Virgen de Covadonga es esta Jornada especial de loa y de alegría. Hay muchas Asturias y todas son, por igual, auténticas y bellas. La Asturias minera, la marinera, la campesina, la moderna y la tradicional. Asturias, verde rincón en que nacimos y del que seguramente hemos disfrutado en fechas recientes. Querida *tierrina* de nuestros amores; Asturias, por la *Santina* coronada, Asturias del alma.

Que la Virgen de Covadonga, nuestra venerada *Santina*, símbolo de Asturias, cuna de España, bendiga este Día y a todos nosotros. La *Santina*, “piquiñina y galana”, en la que se funde naturaleza y cultura, historia y trascendencia, lleva más de mil trescientos años en la Cueva. Según puede leerse en la página del Santuario⁴ ha habido que cambiar la imagen en distintas ocasiones. La actual, del siglo XVI, aunque transformada a finales del XIX, es una bella figura tallada, encarnada, dorada y policromada sobre madera de roble. El Niño, flor de ternura, se colocó sobre la mano izquierda de la Madre en 1704. En su vestidura destaca el manto, que a todos cobije, y que luce desde los hombros hasta los pies y cae en su parte posterior en ángulo hasta la base de la peana. Aunque sus colores cambian según los tiempos litúrgicos, el manto habitual es de color rojo púrpura, con una cenefa dorada.

La *Santina* es también una amorosa Virgen viajera, que ha acompañado a los asturianos emigrantes allá donde han ido. No faltan en los cinco continentes imágenes suyas y humildes altares entre olorosas y coloridas flores. Nuestra Santa Patrona, más que un símbolo religioso, es enseña y estrella de asturianía, un emblema patrio.

Que la Virgen de Covadonga, Reina de nuestra montaña, entrañable y solemne, llena de gracia, irradie su luz sobre nosotros y sobre el Día de Asturias. Que su dulce mirada y su amorosa caricia nos alcancen. Gracias a la *Santina* que nos concede gaita y tambor, baile y canción.

¡Viva la *Santina*!

¡Viva Asturias! ¡Puxa Asturias!

⁴ <http://www.santuariodecovadonga.com/nuestrasenora.html> (Fecha de acceso: 10 de septiembre de 2015)